

4591
MAXIMILIANO THOUS

LA FELIZ PAREJA

PASATIEMPO LÍRICO

en un acto y en verso, original

MÚSICA DEL MAESTRO

LUIS FOGLIETTI



Copyright, by Maximiliano Thous, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

6

LA FELIZ PAREJA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA FELIZ PAREJA

PASATIEMPO LÍRICO

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

MAXIMILIANO THOUS

música del maestro

LUIS FOGLIETTI

Estrenado en el TEATRO ESLAVA la noche del 23 de Noviembre de 1907



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1907

A Juan Aragón

*en compensación de los malísimos ratos
que le ha hecho pasar en esta vida, su
agradecidísimo amigo,*

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES


MATILDE.....	Pura Martínez.
CARMEN.....	Antonia Sánchez-Jiménez.
RICARDO.....	Carlos Allen-Perkins.
ROBERTO.....	Vicente del Valle.
RAMÓN.....	Enrique Gil de Arana.



Población de la costa.—Época actual.— Mes de Junio



DIRECTOR ARTÍSTICO: **Antonio Paso**



ACTO UNICO

Jardín elegante que revela el buen gusto de sus dueños. Estatuas y macetones le dan pintoresco aspecto. Edificio del «chalet» á la izquierda, con puerta practicable separada de tierra por dos ó tres peldaños.

Elegante mesilla de bambú en el centro de la escena, con dos botellas de Champagne, copas y un búcaro con flores. Dos sillones de mimbre ó mecedoras y una silla suelta. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, RICARDO y dentro RAMÓN. Ricardo arrellanado cómodamente en su asiento á la izquierda del velador, fuma un cigarro. Sobre la silla está su gorra blanca de marino con la insignia del Club Náutico. Matilde, que viste elegante «matinée», sentada al otro lado de la mesilla, ocultándose la cara con el pai-pai, mira á hurtadillas á su marido para ver el efecto que en él produce la copla que suena á lo lejos

RAM. (Cantando desde dentro.)
Hace un año me he casado;
mira tú si me va bien,
que quisiera estar soltero
para casarme otra vez. (1)

(Los personajes hablan mientras irá terminando el número de musica.)

(1) Si el artista encargado de este papel no tiene buena voz, que cante la copla otro caballero de la compañía que lo pueda hacer mejor.

- MAT. ¿Te has fijado en la canción?
RIC. No está mal. Hoy, por lo visto,
tiene buen humor Ramón.
MAT. Pues... eres bien poco listo
si no entiendes la intención.
RIC. ¿Qué intención?
MAT. La del cantar.
RIC. Pues .. no acierto á comprender...
MAT. ¡Quién había de pensar
que llegases á olvidar
lo que debías saber!
(Se levanta y acércase á Ricardo, apoyándose sobre el
respaldo del sillón que ocupa éste.)
RIC. Soy muy torpe, lo confieso.
Tú lo dirás, cuando quieras.
MAT. Y... ¿no te extraña este exceso
de *champañ*... (1) ni el darte un beso
sin que tú me lo pidieras?
RIC. En efecto, es algo extraño,
pero... ¡dilo ya, por Dios!
Te burias... (Retirándose hacia la derecha.)
RIC. No; no te engaño.
MAT. (Mimosa.)
Pues... nada... ¡Que hoy hace un año
que nos casamos los dos!
RIC. (Levántase y se dirige amorosamente á su esposa.)
¡Es verdad!... ¡Torpe de mí!
MAT. Y siendo una fecha así,
¿no te ha inspirado sospecha?
RIC. Mujer... teniéndote á ti
no pasa nunca la fecha. (La abraza.)
Pero, en fin, para alegrarte,
solemnicemos el día
en que conseguí arrancarte
de entre los brazos del arte
para hacerte sólo mía.
Feliz yo que he conseguido
una esposa hermosa y buena
que, al casarse, ha preferido

(1) Sabemos que se escribe «champagne», pero nos parece mejor escribir estas y otras palabras extranjeras tal y como «suenan» en español. Lo advertimos para evitar molestias á algún crítico incipiente.

á las glorias de la escena
las caricias del marido.

MAT. Cómo mientes, zalamero.

RIC. (Ofreciéndole champañ.)

Brinda y bebe.

MAT. (Rechazándole la copa.)

Tú primero.

RIC. (Elevando la copa.)

¡Por mi mujercita!... ¡Choca!

(Chocan y beben.)

Y... luego un beso en la boca.

MAT. (Huyendo.)

¡No!

RIC. ¿Por qué?

MAT. Porque no quiero.

¿No he tenido yo paciencia
sufriendo tu indiferencia
hace un rato?

RIC. Sí, señora.

MAT. Pues... te fastidias ahora
y aguantas la penitencia.

RIC. Es muy duro ese castigo.

MAT. Pues cumplirlo te interesa
y... atiende lo que te digo:

Si te portas bien conmigo

te doy luego una sorpresa. (Dirigese al chalet.)

RIC. ¿Qué es ello?

MAT. Ya lo sabrás.

RIC. ¿Algún regalo quizás?

MAT. ¿Quién piensa en eso tan malo?

RIC. Pero, ¿es mejor que un regalo?

MAT. Ya lo creo... ¡Mucho más!

RIC. Pues venga pronto el perdón

que ya lo espero impaciente.

(Al ver que Matilde va á subir al chalet.)

¿Te vas?

MAT. (Desde la escalerilla.)

A mi habitación.

(Sube. Cuando va á entrar, Ricardo intenta seguirla y
ella le detiene con el gesto, diciendo;)

¡Quieto! Señor penitente,

vaya y rece su oración.

(Entra Matilde en el chalet. Ricardo queda al pie de
la escalerilla.)

ESCENA II

RICARDO

Será preciso esperar,
pues si la sigo se enfada.

(Recordando lo ocurrido.)

¡Qué torpe!... ¡No recordar!

Es preciso confesar
que tiene razón sobrada.

¡Cómo olvidar aquél día
en que admirando su encanto
yo, en mis adentros, decía:

«Vaya, señores, ¡ya es mía
la tiple que os gusta tanto!

Ya desde hoy no habrá motivos
para que alguien se alborote
y haga elogios *expresivos*
de la cara, del descote
y... de sus mil atractivos.

Ya soy su dueño y señor
y, como tal, me doy tono.

Ya no le harán el amor
ni la empresa, ni el abono,
ni el artista, ni el autor.

Ya no tiene que temblar
porque, en lo que va á estrenar,
no le han dado un papel bueno.
Se casa y... á descansar.

¡Ya no hay más noches de estreno!

Lo pasado se olvidó.

Ya, desde hoy, mi mujercita,
ni piensa en lo que sufrió
ni tendrá miedo á una *grita*...
¡como no se la dé yo!

Para mí todo su encanto
y su gracia y su alegría,
y sus bailes y su canto...

Vaya, señores, ¡ya es mía
la tiple que os gusta tanto!...

(Se sienta.)

Hoy, que un año ha transcurrido
desde aquel feliz momento,
no me encuentro arrepentido
porque sigo convencido
de que hice un buen casamiento.

Y eso que hubo más de cuatro
que dijeron sin cesar:

«¿Conque te vas á casar?

¿Y con una del teatro?

pues... ¡estás loco de atar!»

Suposición infundada
que ha quedado rechazada,
porque ninguno me quita
una esposa tan honrada
y una mujer tan bonita!

ESCENA III

RICARDO y RAMÓN

RAM.

(Trae dos periódicos.)

Señor: aquí está el correo.

RIC.

Bueno. Déjalo ahí encima. (En el velador.)

¿No hay cartas?

RAM.

No; no hay ninguna.

RIC.

Mejor. Cuando no hay noticias
buena señal.

RAM.

¿No me manda
nada el señor?

RIC.

Sí. Quería
que vinieras para darte
las gracias más expresivas
por tu intencionada copla.

RAM.

(Haciéndose de nuevas.)

¿Qué copla?

RIC.

Vamos, no finjas.

RAM.

Dispense usted si he faltado,
pero... fué la señorita
la que dijo que cantara...

RIC.

No es necesario que sigas.
En pago, toma un habano. (Se lo da)

RAM. Mil gracias, señor. (Vase mirándolo.)
¡Atiza!
¡Si le canto la del beso
me gano la gran propina!

ESCENA IV

RICARDO

A juzgar por lo que tarda,
mi mujer no tiene prisa.
Mientras repaso la prensa
veremos si al fin se digna
perdonarme y concederme
la sorpresa prometida.

(Rompe la faja á un periódico. Desdobla, lee y comenta.)

«La subida de los francos...»
¡Si no se mueven de arriba!
«Terrible choque de trenes...»
«Explosión en una mina...»
Pues... sí que está resultando
la lectura divertida.

«De sociedad. Una boda...»
Esta ya es una noticia
que puede ser más alegre.
Escuchemos al cronista.

(Lee y se asombra.)

¡Caracoles, qué sorpresa!... (Sigue leyendo.)

No hay duda, es él... ¡Quién diría
que al fin pudiera, Roberto,
casarse con Carmencita!...

¡Y es hoy cuando se han casado!
Como yo, ¡en el mismo día!

Pobre Roberto, presumo
que no ha de encontrar la dicha
que él merece, pues la novia,
aunque es joven, guapa y rica,
tiene tantos mogigatos
y necios en la familia,
que es más sosa que un cocido
sin carne, la pobrecilla.

A ver: (Lee.) «La feliz pareja

marcha en el *expreso* á Niza,
y de allí á París y Londres.
Deseámosla felicísima
luna de miel.» Dios lo quiera;
pero me da mala espina
tan desigual matrimonio.
¿Que hará en París una chica
que ha salido del convento
para casarse en seguida?

ESCENA V

RICARDO y RAMÓN

RAM. Señor.
RIC. ¿Qué ocurre?
RAM. Preguntan
por usted.
RIC. ¿Quién?
RAM. Gente fina,
pero no han dicho su nombre.
RIC. Pues... que pase la visita. (Vase Ramón.)
Deben ser nuevos vecinos
de alguna próxima quinta.
En cuanto llega el verano
me abruman y me fastidian.

ESCENA VI

RICARDO; ROBERTO y CARMEN que entran por la izquierda. Ella lleva sombrero, velo y guardapolvo de viaje. El viste elegantemente

ROB. ¡Ricardo! (Va á abrazarle.)
RIC. (Estupefacto.) ¡Pero... ¿eres tú?
ROB. El mismo que viste y calza.
(Hace las consiguientes presentaciones.)
Carmencita, mi señora...
Ricardo, amigo del alma
de quien tanto hemos hablado.
RIC. ¡Beso á usted los pies!
CAR. (Turbada, sin saber lo que dice.)
Mil gracias.

- ROB. ¿Te extrañará la visita?
RIC. ¡Calcula tú si me extraña
que por la prensa he sabido
que hoy mismo, ustedes marchaban
á Niza, París y Londres!...
- ROB. ¡A casa... á casa y... á casa!
RIC. Pero... en fin, siéntense ustedes
y explica tú esa charada.
- CAR. Con permiso. (Se sienta en un sillón de mimbre.)
RIC. (Ofreciendo el otro sillón á Roberto.)
Usted es muy dueña.
- ROB. (Se sienta. Mira á Ricardo, vuélvese hacia Carmen
como indeciso y la dice.) (1)
Tranquilízate y ten calma
que Ricardo es un amigo
de mi absoluta confianza.
(A Ricardo.)
Pues... verás. ¡Ya nos casamos
(Exagerando el tono.)
¡Más de tres horas de *lata!*
- CAR. ¡Por Dios, Roberto!
(Siempre muy ruborosa.)
- ROB. (Disimulando su malhumor y exagerando el mismo.)
¡Tontina!
¡Todo es broma! Escucha y calla.
(A Ricardo.)
Hcra y media de latines.
Quince minutos de plática.
Nos cruzan con el hisopo,
nos *ahuecan* la toalla.
«Esposa te doy, no sierva»,
suelta el cirio, firma el acta.
Las amigas que la besan,
los amigos que me abrazan,
el suegro que se emociona,
la suegra que se desmaya.
Propina á los monaguillos.
Landó que nos lleva á casa.
Cambio de traje. Comida
en la que algunos se atracan.
Despedida en la estación,
abrazos, besos y lágrimas.

(1) Carmen—Roberto.

Ricardo.

Que:—«Ponte este escapulario»,
que:—«Cuélgate esta medalla»,
que:—«Cuida de nuestra hija»,
que:—«Mira cómo la tratas»,
que suenan uno tras otro
pito, bocina y campana,
marcha el tren y—¡de verano
que se acabó lo que daban!
¡Por fin puedo estar á solas
con mi mujer, esta alhaja
que estimo yo en más millones
que tiene el Banco de España!

RIC. (Muy asombrado.)

ROB. Pero... ¿Londres?... ¿París?... ¿Niza?...

(Imitando su tono.)

Camelo... coba... y guayaba.

Aquí, en este pueblécillo,
donde vives á tus anchas,
frente al mar y en un jardín,
tiene mi tío una casa.

Gustoso me la ha cedido
y venimos á ocuparla.

Que, en vez de trenes y hoteles
y bullicio y algazara,
quiere nuestro amor un nido
donde disfrutar en calma
los aromas de las flores
y el arrulló de las playas.

(A Carmen.)

¿No es verdad, vidita mía?

CAR.

Yo quiero lo que tú mandas.

ROB.

(Mira á Carmén, suspira exageradamente y dice á Ricardo.)

¿Qué tal?

RIC.

Estoy encantado.

Digna de tí es tal hazaña.
Y, pues que somos vecinos,
aquí tenéis otra casa
donde, como yo, mi esposa
obsequiaros tendrá á gala.

CAR.

Mil gracias.

ROB.

Precisamente
eso entraba en mi programa.

(Por Carmen y exagerando la declamación.)

¿Ves esos ojos divinos?

¿Ves esos labios de grana?

CAR. (Ruborosa.)

¡Roberto!

ROB. ¿Ves esas manos
y esas mejillas de nácar?

CAR. ¡Mira que me ruborizas!

ROB. (Transición.)

Pues... ¡ya ves lo que me pasa!

¡Igual que si no tuviera
ni ojos, ni labios... ni nada!

RIC. ¡No exageres!

ROB. ¡No exagerol

Entre la triste enseñanza
que le han dado las monjitas
y el acto de esta mañana...

(Exagerando mucho en la voz y en el gesto.)

me tiene un miedo, chiquillo,
que ¡¡ni que fuera á matarla!!

CAR. (Muy inocentemente.)

¡Como es la primera vez!

ROB. (Volviéndose rápidamente.)

¡Claro! ¡Pues eso faltaba;
que no fuera la primera!

RIC. Tú, poco á poco, con calma
la enseñarás.

ROB. ¿Qué la enseño,
si ella no quiere ver nada?

En tí y tu esposa confío.

RIC. Y ¿qué pretendes?

ROB. ¡Caramba!

Que al ver como sois felices,
y que tu esposa te halaga,
aprenda de vuestro ejemplo
lo mucho que le hace falta.

CAR. ¡Roberto, que me avergüenzas!

ROB. Calla, mujer.

RIC. (Levantándose.) Tiene gracia.

(¡Servirles de... aperitivo!

¡No está mal ese programa!)

ROB. (Levantándose y declamando.)

Ricardo: «Amistad obligada».

RIC. Roberto... (Declamando también.)

- ROB. (Interrumpiendo.)
¿Qué?
- RIC. (Cambiando de tono.)
Eres un *guaja*.
Lo primero es que Matilde
se entere de vuestra estancia.
Llegáis en el mejor día.
Hoy es fiesta en esta casa.
Hace un año nos casamos
y mi mujer, enfadada
porque yo olvidé la fecha,
hace un buen rato que guarda
cierta sorpresa que dice
que tenía preparada.
Ahora cambian los papeles
porque yo voy á llamarla
y... ¡es ella la sorprendida!
(Carmen se va animando. Le gusta el jaleito que se
avecina.)
- ROB. La combinacion me agrada.
- RIC. Vamos á hacer una cosa.
¿Ves, junto á aquellas hamacas
(Segundo término derecha.)
un cenador?
- ROB. Sí; lo veo.
- RIC. Pues si tu mujer no manda
nada en contrario, escondidos
veréis todo lo que pasa.
- CAR. Con mucho gusto.
(Contenta porque es mujer y le gusta curiosear.)
- RIC. (Saboreando el efecto que va á producir.)
¡La escena
va á tener la mar de gracia!
- ROB. ¿Vamos, Carmencita?
(Ofrece el brazo.)
- CAR. (Contenta.) Vamos.
- RIC. (Al despedirse.)
Hasta luego. Mira y calla.

ESCENA VII

RICARDO y MATILDE

- RIC. (Cuando se ha convencido de que los otros van á entrar en el cenador.)
¿Matilde?
- MAT. (Poco después. Asomando solo la cabeza.)
¿Me llamas?
- RIC. (Retirándose y mirando de nuevo al cenador.)
¡Sí!
(Matilde no sale y vuelve á insistir.)
Vamos... ¿vienes ó no vienes?
- MAT. (Dentro)
¡Allá voy! (Saliendo.) Aquí me tienes.
(Completamente transformada. Falda corta de raso blanco con adornos azules. Blusa marinera de iguales colores, calcetines azules, zapato blanco. Cubriendo este traje, pañolón de Manila bien puesto, para que oculte todo lo más posible, con objeto de que sorprenda luego el traje de marinero. Ricardo estaba de espaldas, mirando todavía hacia el cenador. Cuando al dar la vuelta ve á su mujer queda estupefacto.)

Música

- RIC. ;;Caracoles!!
- MAT. (Satisfecha del efecto.)
¡Le aturdí!
Esta es la sorpresa.
que te preparaba.
- RIC. (¡Vaya un compromiso! ..
¡Quién lo recelaba!)
- MAT. Siempre fué este traje
para tí el mejor.
- RIC. (¡Cómo se divierten
los del cenador!) (Mira hacia allí.)
- MAT. Mis triunfos en la escena
quiero recordar,
y mi canción favorita
te voy á cantar.

(Ricardo se sienta sobre un brazo del sillón, y colocando una botella de Champañ á manera de guitarra, figura acompañar el canto.)

¡A... a... ¡ay!... a... ¡ay!...
Gitaniya, gitaniya,
lo mejorsito tiés de la mar:
perlas finas son tus dientes
y es tu boquita rojo coral.
Nunca, gitaniya,
vayas á su oriya,
que al mar envidioso
pué que le des goso
y te quiá robar.

(Ligeramente se desprende el pañolón de Manila y queda vestida de marinera. Coge la gorra de su marido)

Escúchame ahora,
y así aprenderás
el tanguito del balandro,
que es la última moda
de San Sebastián.

(Baila unos compases que si tienen alguna figura «marinera» estarían apropiadísimos.)

Tengo en el club un balandro,
¡válgame Dios qué monada!
que no le alcanza ni el viento,
y esto no es *balandronada*; (1)
mi novio va de grumete
mientras yo voy de patrón;
¡vaya un cuidado que llevo
con la caña del timón!
(¡Ay, qué combinación!)

Ric.

(1) Sabemos que se dice baladronada y no «balandronada». Pero ¡ay! este inocente juego de vocablo nos hizo pasar por ignorantes á los ojos de un crítico teatral. ¡El mismo que en una crónica le puso «velas» á la «yola!...»)

MAT. (Bailando.)

Que no hay esquife,
que no hay canoa
que más gallarda
tenga la proa.

(Se balancea con el brazo derecho extendido. Ricardo, por detrás de ella, le sujeta, y cogiendo también la otra mano balancéase á compás.)

Cógete al mástil, mi bien,
no te marees con el vaivén.

RIC. (Los tortolitos, cuando la vean,
no cabe duda que se marean.)

MAT. (Suéltase y avanza sola.)

Si alguien le teme al vaivén,
cójase al mástil también. (Baila.)

—
Cuando un amigo importuno
en el balandro se cuele,
mientras nosotros viramos
tiene que aguantar la vela;
y hay que mirar la regata
cuando yo voy á virar,
porque me ciño á la boya
y la paso sin rozar.

RIC. ¡Esto sí que es la mar!

MAT. (El mismo juego anterior.)

Que no hay esquife,
que no hay canoa
que más gallarda
tenga la proa.

Cógete al mástil, mi bien,
no te marees con el vaivén.

RIC. Si regateas con esa ropa
sin duda alguna te dan la copa.

MAT. Si alguien le teme al vaivén
cójase al mástil también.

RIC. ¡Largo!... ¡Iza!... ¡Pronto!...
¡Cía!... ¡Vira!... ¡Fondo!

(Baila Matilde sujetándose en lo posible á las voces de mando de Ricardo y acaban formando grupo.)

ESCENA VIII

RICARDO y MATILDE; luego ROBERTO y CARMEN

Hablado

- MAT. (Burlonamente.)
Sorpresa más singular
no la pudo usted soñar.
¿Le ha gustado?
- RIC. (Siempre acordándose de los otros.)
Lo indecible.
(¡Para sorpresa terrible
la que te vas á llevar!)
- MAT. Y ¿no confiesa usted ahora
su torpeza? (Con cómica severidad)
- RIC. (Siguiendo la broma.)
La confieso.
- MAT. (Muy seria.)
Pues... ya que el perdón implora. .
(Transición. Accreando la cara.)
¡Dame el beso!
(Ricardo no se decide porque ve venir á los otros. Ma-
tilde acércase mucho más.)
¡Dame el beso!
- ROB. (Saliendo con Carmen.)
¡A los pies de usted, señora!
- MAT. ¡¡Ay!! (Ocultándose detrás de Ricardo.)
- RIC. (Queriendo el beso ahora.)
¡A cumplir tu promesa!
- MAT. ¡Roberto aquí! Y... (¿quién es esa?)
- ROB. No se esconda de ese modo,
porque ¡lo hemos visto todo!
- RIC. Ya lo ves... ¡Toma sorpresa!
- ROB. (Presentándola.)
Mi esposa.
- MAT. (Va á buscarla. Se besan.)
Señora mía...
(A Roberto.)
¿Por fin casados? (1)

(1) Carmen—Matilde—Roberto.

Ricardo. (1)

- ROB. Y en viaje
de bodas...
- MAT. (Dándose cuenta del traje.)
Yo no sabía...
¡Qué vergüenza! ¡En este traje!
- RIC. Ya saben que hoy es gran día.
- ROB. Sí. Ricardo nos ha dicho
que hoy es fiesta aquí también.
- MAT. Pero el que me juzgue...
- ROB. ¿Quién?
- CAR. (Que estuvo fijándose)
¡Si es un traje de capricho
que le sienta á usted muy bien!
- RIC. (¡Gracias á que le ha gustado!)
- MAT. Y tú, estabas enterado
y ¿callaste?
- RIC. Fué una broma.
- MAT. ¡Ah, pillo! Me has engañado
pero, me las pagas: ¡toma! (1)
(Le pega cariñosamente. Ricardo apenas se defiende.)
- RIC. ¿Que das á estilo de ciego!
¡que no miras donde das!...
- ROB. (Encantado por la escena, le dice á su Carmencita)
Mira bien, y aprende luego.
- CAR. (Ingenua y alegremente.)
Cuando tu quieras, te pego.
- ROB. (En igual tono de ñoñería.)
¡Fuerte, no!
- CAR. ¡Ya lo verás!
- MAT. ¿Qué te pareció el castigo?
¡Vuelve á engañarme, bribón!
- RIC. (Quejándose.)
Si antes lo sé, te lo digo.
- MAT. (A Carmen.)
Ahora venga usted conmigo,
señora, á mi habitación.
Se quitará usted el sombrero
que aquí está como en su casa.
Y... (Por Roberto)
que espere el caballero
que, ahora, soy yo la que quiero
decirle á usted lo que pasa.

(1) Carmen—Roberto.

Matilde—Ricardo.

(La lleva del brazo hacia el chalet.)

Seguiremos celebrando
la fiesta las dos parejas.

CAR. ¡Mil gracias!

(Del brazo de Matilde va hacia el chalet.)

RIC. (A Roberto.) ¡Se va animando!

ROB. (A Carmen.)

Y... el guarda-polvo lo dejas
que también te está estorbando.

MAT. Calle usted, que no tenemos

falta alguna de lección.

ROB. ¡Pero Matilde!...

MAT. (Ademán de «punto en boca».) ¡Chitón!

¿Vamos? (A Carmen.)

CAR. (Contenta.) VAMOS. (Entra en el chalet.)

MAT. (Desde la puerta.) ¡Ya veremos

si me pagais la traición! (Entra.)

ESCENA IX

RICARDO y ROBERTO

RIC. Ya ves si tienes fortuna.

Ni pensadas de antemano
se arreglan mejor las cosas.

ROB. Sí que ha sido un buen hallazgo.

RIC. Mi mujer, por sorprenderme,
cayó la pobre en el lazo. (Transición.)

¡Bien os habréis divertido!...

ROB. Me hizo mucha gracia el chasco.

RIC. Y además, tu mujercita
creo que se iba animando.

ROB. ¡Dios quiera que tú y Matilde

podais hacer un milagro!

Porque, chico,
(Volviendo á sus exageraciones de antes.)

¡tú no sabes
los apuros que yo paso!

RIC. ¿Tan grave es lo que te ocurre?

ROB. ¿Si es grave?... toma un cigarro,
y escúchame., ¡y compadéceme!

(Siéntanse. Roberto ofrece tabaco. Ricardo ofrece
«champañ».)

- RIC. ¿Bebamos antes?
ROB. Bebamos. (Beben.)
Ya sabes lo de la boda.
- RIC. ... ¿Todo?...
ROB. Si. De cabo á rabo.
No nos han dejado en casa
solos á los dos ni un rato.
- RIC. ¡También quieres tú las cosas
muy aprisa! . .
ROB. Pues es claro,
¡como tonto! Y no te digo
que te pongas en mi caso
porque, aunque te quiero mucho,
la amistad... no llega á tanto.
- RIC. De acuerdo.
ROB. Por fin salimos
de la estación. Yo, pagando
lo que me pidieron, pude
meterme en un reservado
para poder estar solos,
sin testigos.
- RIC. Yo lo alabo.
ROB. Yo no... ¡porque he sido un *primo!*
Porque, como hay á los lados
unas miras de cristales,
¡los vecinos inmediatos
se asomaban con idea
de gozar el espectáculo!
- RIC. ¡Soberbio! (Gran risa.)
ROB. ¡Hay más!
RIC. Desembucha.
ROB. Mi señora, recordando
la emoción de la partida,
los consejos y los llantos,
chiquillo, ¡tomó un berrinche
que sobrecogía el ánimo!
Y al escuchar sus constantes
sus...piros entre...cor...tados,
los vecinitos... ¡Excuso
decirte los comentarios!
- RIC. ¡Delicioso! (Siempre riendo.)
ROB. (Amostazado.) ¡Irresistible!
- RIC. Hombre, sí. Ya me hago cargo.
ROB. Yo, consolador y amante,

me esforzaba, pero en vano,
quiere tranquilizarla.
Cuando notaba mi brazo
ceñirse por su cintura
se levantaba de un salto,
y... ¡á enfrente! pero yo... ¡á enfrente!
¿Se alejaba?... Yo á su lado...
¿Se sentaba? Me sentaba...
¿Ella en alto? ¡Pues yo en alto!

Yo no sabía si aquello
era vagón ó gimnasio.
Pero, por fin ¿la rendiste?
SÍ. La rendí... de cansancio,
y aprovechando el momento
volví de nuevo al asalto.

RIC.
ROB.

(Con misterio.)
Para que no me escucharan
lo trataba por lo bajo.
Ella no me daba pie,
pero yo lo fui tomando,
y entre un: «¡Negra de mis ojos!»

(Exagerando.)
y un: «¡Quiéreme que te mato!»
cuando si no era ya mía
no le faltaba ni un palmo,
nos abren la portezuela
y ¡el revisor!

RIC.
ROB.

(Refiriéndose al susto.) ¡Vaya un trago!

¡Si no le tiré á la vía
fué verdadero milagro!
Nos taladra los billetes,
nos mira así, de soslayo,
como diciendo:—«¡Qué lila!
y ¡qué mujer!! ¡Vaya *cardo!*»
Saluda, desaparece,
y... ¡todo lo adelantado
como si no!... La presencia
del revisor echó abajo
mi labor.—«Nos habrá visto!»

(Imitando al loro.) Y dijo mi mujer llorando:
«¡Virgen Santa, qué vergüenza!
Cuando pare el tren me bajo!
Yo no pensaba lo mismo!»

sino todo lo contrario,
seguir la lucha emprendida
y triunfar al fin y al cabo.
Me dispongo á un nuevo ataque,
me apodero de una mano,
y, tras de largo palique,
tan dulce, tan inspirado
que si me oye la Cibeles
logro que baje del carro,
consigo al fin ablandarla,
se sonríe, me entusiasmo,
redoblo mis energías
y, en los últimos disparos,
cataplúm! ¡¡El revisor!!
¿Otra vez?

RIC.
ROB.

Sí. El guasonazo
se dió cuenta de la escena,
y, chico, ¡que ni de encargo!
Siempre que yo con mi charla
juzgaba el triunfo cercano,
¡ya estaba en la portezuela
enseñándome el taladro!...

RIC.
ROB.

Y, al fin, ¿qué hiciste?

¿Qué quieres

que hiciera? Pagar el pato.
Llegué á la última estacion
—y eso que el trayecto es largo—
lo mismísimo que el negro
del sermón, al que dejaron
con la cabeza caliente
y los pies como un carámbano.

RIC.
ROB.

¿Y luego?

Pues, descendimos,
los vecinos se burlaron,
mandé el equipaje á casa
y... ¡aquí me tienes Ricardo! (Se levanta.)
¡Tú eres mi única esperanza!
Sálvame.

RIC.

(Levantándose.)

Y ¿cómo te salvo?

ROB.

Tu mujer tiene talento
y tú eres como un hermano.
Inventad alguna intriga
y á ver si á mi esposa cambio.

pues hoy está impenetrable
y eso es preciso evitarlo.

RIC. Rézale... á San Expedito
que es muy bueno en estos casos.

ROB. Mira, no me gastes bromas
y deja en paz á los Santos.

RIC. Y ¿qué hacemos?

ROB. ¿Quién lo sabe?

Pero... es preciso hacer algo.
Yo sospecho que mi esposa,
que vivió entre mogigatos,
tiene un temor instintivo,
lleva los ojos vendados...

RIC. Y ¿quién le quita la venda?

ROB. Vosotros.

RIC. ¡Nosotros!

ROB. Claro.

¿No te fijaste, hace poco,
qué buen efecto hizo el tango?

Pues haced una escenita
sugestiva y mientras tanto...
yo haré que tome el ejemplo.

RIC. Veremos. Hay que pensarlo.

(Como si la hubiese encontrado.)

¿Te gusta la del Tenorio?

La del *sofá*.

ROB. No, Ricardo.

¡No ves que la del vagón

era casi, casi un plagio!

Hay que buscar otro asunto
que no esté ya... tan sobado.

RIC. Pues vente, recordaremos

y verás mi jardín.

ROB. (Se cogen del brazo.) Vamos.

(Marchando hacia último término derecha.)

RIC. Roberto: te equivocaste.

Yo lo pensaba hace un rato:

«¿Feliz pareja, con una
mujer tan boba?» ¡No hay caso!

Para ser *feliz* pareja,
le faltan muchos encantos...

ROB. Pues ayúdame. Que el tiempo
vendrá pronto á demostrarlo.

ESCENA X

MATILDE y CARMEN

MAT. (Viste preciosa bata. Sale y mira á todos lados para cerciorarse de que está sola. Después va hacia el chalet y llama á Carmen.)

Ya estamos solitas. Nadie nos mira, ni nos estorba. Baje usted sin miedo alguno.

CAR. (Desde arriba.)

¡Me da vergüenza!

MAT. ¡Qué tonta!

No olvide usted las lecciones de su nueva profesora: Genio vivo, cara alegre, mucha labia, buena ropa y un poco de... *sicalipsis* que es lo que ahora está de moda.

CAR. ¿Y si mi esposo se enfada?

MAT. Ya verá que todo es broma. Baje usted.

CAR. (Decidida) Vaya, pues bajo.

(Lleva también una bata elegantísima.)

MAT. (Contemplandola.)

¡Ajajá! Ya no es ni sombra de lo que era usted hace poco.

CAR. Sí; debo parecer otra.

(Pasa por delante de Matilde y queda á la derecha.)

MAT. Pues, aún falta todavía

para que en esa persona luzcan todos los encantos

que á los maridos trastornan;

dejar de ser inocente,

dejar de ser niña boba,

picardía en las miradas,

dulce sonrisa en la boca,

y más abierto el descote (Lo arregla)

y en la cabeza estas rosas.

(Le pone las del búcaro y élla se adorna también.)

CAR. Y así, ¿estoy bien?

MAT.

Admirable.

Su marido se disloca
si la ve tan sugestiva
y alegre y apetitosa.

CAR. Yo no sé cómo pagarle
este interés que se toma
usted por mí.

MAT. Siendo amiga
que con eso basta y sobra.

CAR. (Animándose gradualmente.)
¿Su amiga? Pues ya lo creo.
Si es usted tan cariñosa,
tan simpática, tan buena...
La conozco á usted de ahora
y, sin embargo, parece
que ya la prefiero á todas.

MAT. ¿De veras?

CAR. ¡Y tan de veras!

MAT. Mil gracias por la lisonja.
CAR. Sus consejos, sus lecciones.
por completo me transforman.

Y, quizás por el ejemplo
de usted que vive dichosa,
siendo así, con su marido
voy teniendo yo ansias locas
de cantar, de bailar algo,
de hacer todas esas cosas
que á mi marido le gustan
y... que no enseñan las monjas.

MAT. Pues, ánimo, que eso es fácil.

Va usted á beber otra copa
de champán. (Llena una y la ofrece.)

CAR. (Alegremente, riendo.) Por Dios, Matilde.

¡Que si llego á beber otra
me mareo! ¡que allá arriba
me he bebido casi toda
una botella y... por eso
debo estar tan habladora!

MAT. Pero, aquí, está usted en su casa
y... por una vez, ¿qué importa?

Es necesario animarse
que, en el día de la boda,
los nervios están de punta
y ¡hay que ver cómo se aflojan!

CAR. Venga, pues. (Toma la copa que le ofrece.)

MAT. Las dos á un tiempo.

(Brindando.)

«A que Dios te dé la gloria»,
como brindaba el Tenorio.

(Chocan y beben. Carmen muy poco.)

Beba usted más.

CAR.

¿Toda?

MAT.

Toda.

CAR.

Vaya pues. (Apura la copa.)

MAT.

¡Así se bebe!

CAR.

¡No he dejado ni una gota!

Cuando venga mi marido
puede que no me conozca.

(Algo mareadita. No mucho.)

Noto un calor en el cuerpo...

y un saborcillo en la boca...

y un hormigueo en los ojos...

y una alegría tan honda...

MAT.

Si el champañ hace milagros.

Vamos á seguir la broma.

Cuando él venga, usted se ríe;

si él se achica, usted se enoja

y si, como es muy probable,

viendo tan guapa á su esposa

loco de amor la requiere

y la suplica y la implora...

de todo lo que la pida

niéguele usted alguna cosa,

que por poco que les demos,

lo demás ¡ya se lo toman!

CAR.

Lo haré como usted lo dice.

¡Ya verá él la *niña boba*

si es tan *boba* y es tan *niña*

como lo ha sido hasta ahora!

MAT.

(Mirando.)

Ya se acercan. Prevenida.

(Llena las copas y ofrece una á Carmen.)

Tome usted. ¡Arriba las copas!

(Brindando en voz alta y riendo.)

¡Brindo por los hombres listos!

CAR.

¡Yo por las mujeres tontas!

(Ríen á carcajadas)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, RICARDO y ROBERTO

- RIC. (Con la natural extrañeza.)
¡Caracoles!
- ROB. (Idem.) ¡Caracoles!
¿Quienes son esas señoras?
- RIC. ¡Matilde! (Acércase a ella.)
- ROB. (Lo mismo.) ¡Mi Carmencita!
(Admiradísimo.)
¡Y está que asusta de hermosa.
- MAT. Vengan aquí los maridos.
- CAR. ¡Vaya por la trapisonda!
- ROB. Pero, ¿qué milagro es este?
- CAR. Esto es que la niña boba
va perdiendo la vergüenza.
- ROB. Oye... ¡No la pierdas toda!
- RIC. (A Roberto.)
Ya ves que tus pretensiones
salen á pedir de boca.
- ROB. Dios se lo pague, Matilde.
- MAT. No está aun completa mi obra.
¿Me dió usted la gran sorpresa?
Yo correspondo con otra.
- ROB. Ya lo he visto.
- MAT. ¡Qué ha de verlo!
Carmen: estamos á solas.
con ellos y es necesario
probar que no somos tontas.
Animo y venga ese baile
que el triunfo es para nosotras.
- CAR. ¡Venga pues!
- RIC. (Asombrado.) ¡Son el demonio!
- ROB. (Maravillado)
Calla, tonto. ¡Son la gloria!
(Rápidamente, entre Ricardo y Roberto, retiran la
mesilla y los sillones.)

Música (1)

- MAT. Para fin de fiesta
la quiero enseñar,
una danza muy bonita
que es muy fácil de bailar.
- ROB. (Sorprendido.)
¿Bailar mi esposa?
- CAR. (Decidida.)
La bailaré.
- ROB. Vamos á verlo.
- MAT. Fijese usted.
(Imitando los pasos de baile.)
De *craquet* y de *machicha*
y hasta de *kei-vol*,
tiene un poco la danza
del Girasol.
Nuestros ojos, que deslumbran,
serán los soles.
- CAR. Y los hombres que nos siguen...
- MAT. Los girasoles.
Ricardo sabe el baile,
Roberto también.
- CAR. Póngame usted un ejemplo
y también lo bailaré.
- MAT. Pues empecemos.
En posición.
(Coloca á Roberto y Carmen.)
Mire usted los resultados
de la fuerza de atracción.
(Empieza el baile por un paseo gracioso siguiéndola
Ricardo. La otra pareja les imita.)
- CAR. Ahora no nos siguen,
pues se quedan lejos.
(Se han retirado los caballeros y están bailando ellas
juntas.)
- MAT. Eso es que una nube
cubre los reflejos.
(Cruzan las parejas y hacen varias figuras bonitas. El
éxito del número está, sin duda, en el buen gusto del

(1) Roberto—Carmen.

Matilde—Ricardo.

señor Director, al que recomendamos «ponga» el baile con «amore». En el teatro Eslava se repetía este número lo mismo que el anterior.)

Hablado

- CAR. ¡Ay! El cansancio me rinde.
Me va á estallar la cabeza...
(Echándose en brazos de Roberto.)
Roberto. ¡Cuánto te quiero! ..
¿Me querrás? (Muy mimosa.)
- ROB. ¡Quién lo dijera!
Por fin la tengo en mis brazos.
¡Oh, felicidad inmensa!
- CAR. ¿Me querrás?
- ROB. (Cariñosísimo.) Sí. ¡Con locura!
(Forman grupo á la derecha.)
- MAT (A Ricardo.)
¡Ya ves si sé dar sorpresas!
- RIC. Mujer de tanto talento
como tú no hay en la tierra.
(Señalando al grupo que forman Carmen y Roberto.)
¡Mira... mira la obra tuya!
¡Mira LA FELIZ PAREJA! (Telón.)

FIN DEL PASATIEMPO



Obras del mismo autor

MONÓLOGOS

¡Un huelguista más!
Adios mis juguetes.

El robo de hoy.
El otro yo.

JUGUETES CÓMICOS

Fuegos artificiales. (1)

Los dos siglos. (2)

ZARZUELAS EN UN ACTO

¡De Carcaixent... y dolces!

Nube de verano.

Portfolio de Valencia. (2)

Juerga, disparo y lesiones. (1)

¡Foch en l'era. (1)

La casita blanca. (1)

Les enramaes. (1)

Moros y cristianos (1)

A mal tiempo, buena cara. (3)

La taza de té. (5)

Gente de casa. (4)

La escala de Jacob. (1)

Los de la Marina.

La banda nueva. (1)

Valencia, Grao, Cabañal.

La feliz pareja.

(1) En colaboración con D. Eneas Cerdà.

(2) Idem id. con D. Vicente Fé.

(3) Idem id. con D. E. Navarro Gonzalvo.

(4) Idem id. con D. Bonifacio Pinedo.

(5) Idem id. con los Sres. Paso y Abati.

Precio: UNA peseta